



Eduardo Moll, 24 de agosto del 2009

In memoriam

Eduardo Moll Wagner

Leipzig, 1929 - Lima, 2018

Manuel Munive Maco

Eduardo Moll Wagner (Leipzig, 1929 - Lima, 2018) fue un artista interesado en participar intensamente de la escena cultural limeña de su tiempo, ya sea como periodista cultural y crítico de arte, oficios que desarrolló primero en Radio Nacional y luego, durante muchos años, en el diario *La Crónica*; como desde el punto de vista del galerista y el investigador, tal como lo corrobora la galería que dirigió desde 1979 hasta la víspera de su muerte, así como las extensas biografías de artistas que publicó, en cuyo análisis concurrían todas estas miradas.

Pero Moll fue, sobre todo, uno de los primeros pintores peruanos no figurativos y, muy especialmente, el mejor grabador en metal activo entre los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, calificativo concedido por casi todos los críticos peruanos de entonces, en particular por Juan Acha y Sebastián Salazar Bondy, quienes parecieron celebrar que, por fin, un artista local tuviera el talento y la energía suficiente para reintroducir esa preciosa técnica calcográfica. Fue así que Moll siguió trabajando en sus *intaglios* y, desde 1956, se dedicó a impartir su proceso en diferentes lugares, especialmente en la desaparecida Escuela de Artes Visuales de la Universidad Nacional de Ingeniería. Fue gracias a sus realizaciones gráficas que el nombre del Perú estuvo presente en exposiciones como la 3.^a Bienal Internacional de Grabado de Tokio (1962), la 1.^a Bienal de Grabado de San Juan de Puerto Rico (1970), la 1.^a Bienal de Grabado de Noruega (1972) y la 3.^a Bienal de Grabado de Florencia (1972), entre otros certámenes.

La biografía de nuestro artista se vincula con el Perú cuando su padre, Bruno Moll, profesor de Ciencias Económicas y Finanzas en la Universidad de Leipzig, es destituido por el régimen nazi en 1934. El cónsul honorario del Perú en Hamburgo –de apellido Gildemeister– le

recomienda viajar al Perú en busca de nuevos horizontes, consejo que realiza en 1936 acompañado por Herbert, su hijo mayor. Empieza a afincarse en Lima una vez que es acogido como catedrático de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Tres años después desembarcarán en el puerto del Callao su esposa, Hildegard Wagner y sus hijos, Hans y Eduardo, este último de nueve años de edad.

Tal vez, gracias a que Hildegard es acuarelista, no hubo ninguna crisis familiar cuando el menor de sus hijos decide dedicarse por completo a la pintura, una vez que sustentó la tesis con la que obtuvo en 1953 el título de Químico Industrial. Paralelamente a sus estudios universitarios sanmarquinos, había asistido como alumno libre a los talleres que Adolfo Winternitz y Juan Manuel Ugarte Eléspuru tenían a su cargo en la Escuela de Arte de la Universidad Católica y en la Escuela Nacional de Bellas Artes, respectivamente. Continuará esta formación en Europa, entre los años 1954 y 1955, asistiendo a la Academia Libre de la Grande Chaumiere de París y a la Escuela de Bellas Artes de Múnich, en cuyo taller de grabado se revelará como aguafuertista.



Eduardo Moll, 11 de julio del 2009

Moll durante la última década, comenta que pocos días antes de su fallecimiento hablaron acerca del futuro de la galería y de cómo, a pesar de todas las dificultades económicas, esta seguía en pie. Porque algo a lo que Eduardo Moll no podía resignarse era a retirarse. Durante un momento, a mediados del 2009, decidió cerrar su galería debido a las casi siempre adversas condiciones del mercado de arte en Lima, pero en menos de dos meses estuvo de vuelta, ampliando las instalaciones e iniciando una nueva etapa como galería y consultoría de arte. Tenía entonces 80 años.

Debo decir que lo primero que supe de Moll fue que era el autor del único libro de arte peruano que “sacaba la cara” en medio de los anaqueles de las agónicas librerías de Lima, como Studium en la Plaza Francia y La Familia en la Av. Wilson, a inicios de los años noventa. Me refiero al volumen dedicado a Víctor Humareda, publicado a fines de 1987, al año siguiente del fallecimiento del entrañable pintor puneño, cuya carátula había sido diseñada, además, por Carlos González Ramírez. Por eso, asocié desde entonces al autor como un escritor de biografías de artistas. Poco después descubrí su galería en el edificio de la cuadra 11 de la Av. Larco, donde por primera vez vi cuadros originales de Tilsa Tsuchiya, David Herskovitz, Gerardo Chávez y de él mismo, así como a los artistas Sabino Springett o a Carlos Revilla, en persona, departiendo con este enfático peruano alemán que a ratos parecía estar riñendo a sus interlocutores.

Richard Estrada, su mano derecha en la administración de la galería

Tuve la fortuna de encargarme de la curaduría de la que fue, hasta hoy, la muestra retrospectiva más amplia de su obra, la cual se montó en la sala del ICPNA de Miraflores en abril del 2009. Este encargo implicó frecuentarlo cada dos semanas durante unos dieciocho meses, lo que me permitió acceder a una documentación valiosa y, por encima de eso, a su prodigiosa memoria, en la cual parecían siempre a la mano recuerdos diversos –fechas, direcciones, nombres y anécdotas–, que me permitieron reconstruir la pequeña pero activa escena artística de Lima durante la década de los años cincuenta.

Poco tiempo después de la exposición retrospectiva del 2009 se produjo una inesperada puesta en valor de la pintura geométrica latinoamericana, lo que determinó que Moll vendiera la totalidad de cuadros “filoduristas” mostrados entonces, los cuales –conocidos como *Banderas*– había ejecutado en Alemania entre los años 1969 y 1971. Esto hizo que retomara aquel lenguaje plástico para realizar las pinturas que integraron las muestras personales que inauguró en Lima a partir del 2011, con un éxito comercial y una fortuna crítica que lo estimulaba a seguir trabajando. Estaba también entusiasmado con la celebración del 40 aniversario de su galería en el 2019.

Eduardo Moll inauguró cincuenta y cinco exposiciones personales a lo largo de su trayectoria, porque creía fervientemente que en la continuidad del trabajo creativo radica la diferencia esencial entre el artista verdadero y el aficionado.

Con su desaparición física no solo ha dejado de existir un pintor y un grabador notable, sino también el crítico que se aproximaba al acontecimiento plástico con la sensibilidad del artista, y un testigo cuyo ojo experto le permitía identificar y autenticar la obra de los creadores peruanos más importantes del siglo XX, a quienes había conocido personalmente y en profundidad.

11 de octubre del 2018